



## *La última batalla*

*Autor: José Luis Nogales Delgado*

### *Accésit 2014 relato corto adulto*

Ese agujero enorme y anillado que ahí ves es la Mina de la Cruz. Ahora que ya está clausurada y sólo queda cubrir la corta con la tierra inservible, residual que se extrajo, quería acercarme para hacer lo que no me dejaron: mearme contra el viento y así poder morir tranquilo. He luchado desde este periódico durante años para que no fructificara cuando era un proyecto. Efectivamente soy Santiago Carballo, el antiminas.

Emana un susurro callado desde el fondo que nunca había oído hasta hoy: eso confirma mi sospecha de que ya me queda poco tiempo en este lado. Hay suspendido en este aire algo incierto que transmite serenidad, como si el encontrarme aquí, más cerca del corazón de la tierra, consiguiera pacificar mi espíritu.

Venía con la intención de gritar a este agujero inerte los improperios que no pude hacer muchos años, pero la presunta ira fermentada en este tiempo ha sido liberada en cuanto mis pies han llegado al filo de este cráter. Aunque, claro, esta serie de sensaciones que estoy percibiendo, confirman, justifican mi lucha por la Naturaleza: yo combatía contra su explotación, no contra ella. Por eso conecto ahora con su mensaje, porque entiende y agradece mi lucha.

Cuando la Empresa presento a la prensa el proyecto, orbitando de manera intencionada sobre la máxima “desarrollo sostenible”, descargó en mi conciencia todo el voltaje que produce la sensación de estafa.

No soporto que me mientan, por eso quería dejar claro que mi única intención era que dijeran la verdad, que enumeraran los aspectos positivos y negativos que supondrían el impacto de dicha explotación, para que todos conociéramos a qué nos enfrentábamos.

Desde que inicié la repetición de la misma batería de preguntas a cada acto que realizaba la empresa, comenzaron a llamarme El antiminas.

Aprovecharon la coyuntura del momento: fue como llevar una cisterna de agua a una tribu del desierto. Un número incierto de puestos de trabajo, directos o indirectos, si bien la realidad confirmó que los criterios de selección siguieron unas pautas excesivamente particulares y corporativas.

A pesar de ello, vería injusto no reconocer que una buena parte del pueblo vivió con dignidad durante la crisis financiera que comenzó en el año diez.

Hubo noches en que despertaba varias veces a causa de unos pinchazos que creía sufrir en mi cuerpo y que desesperaron a mi mujer que negaba tajantemente su relación con ese extraño suceso.

Mi psiquiatra sonrió con malicia de sobrado cuando creyó detectar la causa. Esos pinchazos no son más que reflejos de una obsesión extrema. Si no te conociera de tantos años, tal vez no hubiera reparado en la fijación que tienes por el control ecológico de esa mina. La has asumido como una causa personal, hasta tal punto que, las noches que has notado esos pinchazos han coincidido con noticias sobre presuntas perforaciones del manto freático que rodea la mina, que podría acarrear contaminación por metales pesados de las aguas subterráneas. Vudú en sentido estricto, sonrió.

La sonrisa que creía ver dibujada en el rostro de mi psiquiatra al concluir su diagnóstico, multiplicaba mis dudas.

La contemplación del abismo con la serenidad, sabiduría y cansancio que dan bastantes años cumplidos consigue serenar el espíritu contemplativo; lleva a comprender que un solo individuo no supone ni tan siquiera una mancha de aceite en el complejo mecanismo de un monstruo como éste, que ahora yace aquí postrado, vencido y agonizante, exactamente igual que yo.

Como pequeña batalla vencida he considerado siempre que mi tenacidad argumentada consiguió que, al menos, existiera un mínimo control en sus actuaciones; una especie de sensor de límites contra natura. Me reivindico en ello cuando me vuelvo y contemplo la artificial montaña construida con la tierra extraída y que, una vez separado el mineral, era depositada ahí y que ahora gracias a mi insistencia (eso me gusta creer), los técnicos cubrieron de abono y simientes sus laderas para que hoy parezca un monte cubierto de prado injertado.

He venido hasta aquí andado contigo desde el pueblo fantasma donde vivimos y al que no sé si volveré.

Esta mina se convirtió en un satélite del pueblo, incluso al contemplarla de noche desde mi casa, nadie hubiera dudado que fuera otro pueblo más pequeño. Con su limosna de empleo y subvenciones al consistorio, contribuyó en mantener el espejismo de la colaboración fructífera.

Un día azul como otro cualquiera, los cerebros fríos que trabajaban como oráculos infalibles en algún lugar del mundo, pronosticaron que el precio del cobre cotizaría en negativo en las principales bolsas mundiales para el año siguiente. En tan sólo dos meses se completó el despido masivo y en poco más emigró toda la maquinaria.

Ahora desde aquí, justo en el filo de la corta, contemplo la zona donde se ubicaron las instalaciones y me recuerda a los pueblos desérticos abandonados en las películas del oeste, donde soplaba el viento, quemaba el sol y lo único que paseaba por las calles era alguna mata de pasto muerta y seca.

Y está absolutamente reflejado en el pueblo que sobrevive con el alma de un pero abandonado, sarnoso y que huye permanentemente con el rabo entre las piernas y las orejas gachas.

Pero lo más grave de todo, sin duda, fue el aumento exponencial en la detección de tumores cancerígenos en el pueblo. El gráfico estadístico que envié al Ministerio de Sanidad era una auténtica pirámide invertida con muchos muertos enterrados en ella. Se multiplicaron los cursos de prevención, se distribuyó entre la población folletos informativos con pautas de vida saludable y se aplaudió la financiación de un estudio sobre esa plaga para intentar combatirla. No había ninguna relación científicamente demostrable para establecer que el aumento tenía una posible causa en la actividad que se realizaba en la mina.

Desde hace unos días, tantos años después, tengo un hueco en esa pirámide invertida, curiosamente la misma forma que imita este agujero que tengo ante mí. Como símbolo de monumento funerario por antonomasia no encuentro un lugar más litúrgico para morir. Regresa a casa, Verdina, en cuento clara te vea llegar sola, atará los cabos y entenderá mi decisión.

Una galga ceniza (verdina la llaman en este pueblo) con un lucero en la frente y un pañuelo blanco atado al cuello, bordado con las iniciales SC, irrumpe en el pueblo

ladrando, anunciándose, hasta llegar a la puerta de Santiago Carballo y comienza a arañarla con su pata derecha.

Cuando Clara abre y encuentra a la perra con la señal atada tras sus orejas, se abraza a ella y llora desconsoladamente.

Ella entendió el enorme gesto de amor que significaba lo que Santiago había hecho, porque hubiera sido mucho mayor la impotencia ante el deterioro parsimonioso que hubiera supuesto el avance de la enfermedad, pero no le pudo perdonar que el beso de despedida en la cocina, después del desayuno, extrañamente largo, presionando con sus labios los de ella durante un par de segundos fugaces y ya inolvidables, no fuera acompañado de más información. Se siente torpe por no haber descifrado el jeroglífico, pero entiende que los acontecimientos diarios sólo responden al guión que nos dejan escribir cada mañana y los marcados con letras de fuego no hay manera de enmendarlos.